

Cristianismo y libertad

Antonio Izquierdo

El cristianismo es la religión de la verdadera y plena libertad. Libertad de Dios para intervenir, a voluntad, en el mundo y en la historia; libertad de los hombres para trazar en la historia una vía hacia Dios o sucumbir a la fácil tentación de una voluntad sin destino. Desde sus orígenes históricos el cristianismo no ha cesado de ser camino de liberación para los pueblos y las conciencias. Liberó al judaísmo de las ataduras de la ley y de los numerosos preceptos rabínicos, al igual que de su mesianismo nacionalista, alicorto y reductivo. Liberó al paganismo, tanto occidental como oriental, de sus ídolos, del agobiante «*fatum*» o destino, de su inmoralidad y de sus aberrantes divinizaciones de seres humanos. Los pueblos bárbaros de Occidente fueron humanizados por el cristianismo, que los liberó poco a poco del imperio de la violencia y la devastación. La América entera, por sendas y con medios diversos, también recibió del cristianismo la ley de la libertad, fraguada en el precepto del amor, aunque no siempre esta ley fuera respetada por los descubridores y colonizadores cristianos. Finalmente, en los continentes asiático y africano, al igual que en la Europa del Este, el cristianismo ha sido y continúa siendo fermento de libertad y bandera de liberación integral, en sistemas y regímenes que pretendieron y todavía pretenden, con marcado cinismo, atenuar las aspiraciones más nobles y arraigadas en el corazón de los individuos y de los pueblos.

Los cristianos no se autodonan la libertad ni se la inventan a fuerza de pensar, de querer o de sentir su premura, ni la cosechan en las grandes «*fábricas*» del poder ideológico o fáctico, ni la gestionan como resultado de un acuerdo democrático y universal. La reciben agradecidamente como don de Dios creador, que nos ha modelado a imagen y semejanza suya, y como don de Dios redentor, que nos ha liberado de las cadenas del pecado y de todos sus lacayos, mediante el misterio entrañable de su muerte y resurrección. La libertad es un don y, en correspondencia, un compromiso. Por eso, el dogma y la moral cristianos no son otra cosa que el ejercicio maduro y responsable de la libertad, por medio del cual el cristiano llega a la cumbre de la perfección humana, plenamente encarnada

en Jesucristo e imitada por tantos santos y santas a lo largo de la historia del cristianismo, y de modo singularísimo por la Virgen María. No vivir la libertad que nos ha sido regalada por Dios equivaldría a dejar de ser cristiano, a guillotinar nuestra identidad. Si el cristianismo tuviera miedo a la libertad, dejaría *ipso facto* de ser y de llamarse auténtico cristianismo.

En las últimas décadas de nuestro siglo los enemigos de la libertad han pujado con vigor y renovada energía por coaccionar y aplastar la libertad cristiana, hacerla perecer o manipularla a su arbitrio. So capa de secularización —reconocida legítima por el Concilio Vaticano II dentro de los límites que le son debidos— el secularismo fue invadiendo con fuerza torrencial la sociedad civil, sobre todo occidental, y la misma religión cristiana. Con su penetración invadente de todos los sectores del humano vivir y en nombre de un talante liberal, que cree consonante con la modernidad, coarta la libertad limitando prepotentemente cualquier forma de expresión religiosa a la esfera íntima y privada, y cerrando las puertas en la vida pública y social, en la mentalidad y en el estilo de vida, a cualquier sentido trascendente, a todo valor religioso, en contra de las exigencias más perentorias del ser humano. Según esta corriente de pensamiento, el hombre es libre, pero sólo para ser secular, intramundano, con horizontes únicamente terrenos. La Iglesia —y también otras religiones no cristianas— no se ha dejado seducir por los encantos del secularismo y ha reaccionado alzando muy alta la bandera del espíritu trascendente y religioso, de la dimensión social y pública de la religión, del sentido de lo sagrado y del misterio. La lucha contra el secularismo, muy viva y necesaria todavía en la actualidad, especialmente en la cultura occidental, es una lucha por la libertad de los hijos de Dios.

Al secularismo le queda muy bien una mentalidad utilitarista, alimentada por una ideología pragmatista y tecnócrata. La técnica al servicio del hombre y de la libertad es enriquecedora y avala la grandeza y dignidad humanas. Pero si la técnica se vuelve contra la dignidad y la libertad, ¿cómo se dignificará y se liberará? Las manipulaciones biogenéticas, las armas nucleares y bioquímicas, las técnicas farmacéuticas para la producción de variadísimas drogas psicodependientes, las técnicas electrónicas para la recreación de la realidad mediante imágenes virtuales, no son ciertamente, ni pretenden ser en la mente de sus fautores, manantiales vírgenes de libertad. Lo útil, lo pragmático, lo excitante, lo irreal y evasivo,

puede provocar sensaciones de libertad, pero no libera verdaderamente ni fundamenta en suelo sólido la libertad. El cristianismo con su promoción del ser sobre el tener, de la ética sobre la técnica, de la fe y del amor sobre la utilidad y la eficacia, ofrece a los hombres caminos para un ejercicio auténtico del libre albedrío y de su condición superior en cuanto seres humanos.

En la teoría y en la praxis políticas nunca han faltado a lo largo de nuestra historia bimilenaria ideologías y gobiernos antilibertad. Resulta muy tentador a los diversos regímenes subyugar la libertad al poder político, bajo pretextos, a veces muy sofisticados, de la nación y de la raza, de la razón de estado y de la ideología, de la no ingerencia y de la determinación de los pueblos. Allí donde haya «muros» que impidan con la fuerza o las armas pasar la frontera, la libertad está en grave peligro. Los crímenes perpetrados contra la libertad son casi sin número y alzan sus gritos indescriptibles hasta el cielo. ¿Será necesario recordarlos, estando tan recientes? Desgraciadamente, hay todavía gobiernos de naciones que siguen cayendo en la tentación seductora, antihumana, y no dan muestra alguna de arrepentimiento. ¿Hasta cuándo la libertad de unos pocos seguirá atropellando la libertad de la gran mayoría? La Iglesia en muchos casos se ha convertido en voz de los que no tienen voz, en resistencia espiritual y pacífica ante imposiciones y atropellamientos, en denuncia profética y en testimonio martirial ante inicuos avasallamientos y subyugaciones. El poder político respecto a la Iglesia se asemeja a un «Goliat» frente a «David», desguarnecido de armas convencionales, pero fuerte y libre en su fe y en su confianza en Dios.

En una aproximación mayor al cristianismo, movimientos de pensamiento relativista y subjetivista en el campo dogmático y ético lo han agitado en los últimos lustros. Los dogmas son relativos a la experiencia religiosa de los individuos y a la percepción de su conciencia. La verdad es un producto del ingenio humano, como cualquier otro, y no un encuentro, resultado de una búsqueda sincera. Las enseñanzas y los comportamientos éticos se balancean al vaivén de las situaciones y de las vicisitudes históricas. Fácilmente se somete la verdad a las leyes del mercado (usa y tira), del tiempo (mañana quizá ya sea otra) y del sujeto (mi verdad como absoluto, al menos por el momento). El relativismo y el subjetivismo atentan gravemente contra la libertad. Cuando el cristianismo promulga la objetividad de los dogmas y de las verdades morales, ofrece al

hombre los parámetros del uso recto de la libertad, evitándole el libertinaje o desenfreno de la misma. «La verdad os hará libres». La verdad es la medida genuina de la libertad. ¿Por qué será que los hombres de nuestro tiempo, aunque no sean cristianos, ven en la Iglesia la suprema instancia moral de la humanidad?

En la Iglesia católica, a partir de los años setenta, comenzaron a pulular los profetas del disentimiento en nombre de la libertad de expresión. Disenso frente a la autoridad magisterial de los obispos y del sumo Pontífice. Disentimiento en todos los campos, sin ahorrarse siquiera las verdades más sacrosantas de nuestra fe, como la encarnación del Verbo y la resurrección de Jesús de entre los muertos. Con fuerza arrolladora se fue difundiendo primero por Europa y luego por América. Con el tiempo y con motivaciones diversas, el disentimiento fue penetrando también en las Iglesias de los demás continentes. A veces da la impresión de que estos profetas se imaginan «Roma» como el antro del oscurantismo, como el calabozo al que van a parar todos los grandes «genios» del pensamiento católico actual. O como una especie de régimen absolutista trasnochado, donde no hay la menor posibilidad para el diálogo y la discusión franca y madura. «Roma», fiel al espíritu cristiano, respeta y promueve la verdadera libertad, y esto lo saben perfectamente los mismos que la atacan. Lo que no puede hacer, como tampoco los profetas del disentimiento, es tergiversar la verdad en nombre de la libertad. Porque la libertad del cristiano se funda en la verdad predicada, defendida y vivida en el amor. «Veritatem facientes in caritate». Ante la verdad sólo se es libre para aceptarla, amarla, adherirse a ella, proclamarla de palabra y con el propio testimonio de vida. Eso es lo que trata de hacer el magisterio de la Iglesia. ¿Estarán también dispuestos a ello los profetas del disentimiento? Sería un magnífico signo de libertad en la comunión y de verdad en el amor.

En estos últimos años está resurgiendo con vigor creciente un movimiento religioso y cultural llamado *La nueva era*. Tiene como remotos progenitores la *gnosis* de los primeros siglos del cristianismo, que ha sobrevivido con suerte impar hasta nuestros días. Actualmente *la nueva era* se engancha sin escrúpulos a todos los credos y religiones, a todas las causas de la postmodernidad. Se ha subido al carro triunfante de la ecología y del feminismo, de las ciencias exactas y de la psicología del profundo, del esoterismo y del *marketing*, del arte simbólico y de la música *rap*. Es un potaje difícil de digerir, si uno pretende nutrirse de todos sus ingredientes,

pues en él hay espacio para todas las religiones, para todas las tendencias y para todos los gustos. Sin embargo, en el autoservicio de *la nueva era* cada uno toma lo que le viene en gana, se lo sazona a voluntad y lo degusta ágil o pausadamente, según las circunstancias y el humor del consumidor. Ha logrado atraer a sus encantos a pensadores y artistas, empresarios y profesionistas, e incluso a algunos grupos cristianos seducidos por la ecología y los métodos orientales para lograr la armonía profunda consigo mismo y con el universo.

Si entramos en el meollo de *la nueva era*, nos vendrá encima, como un torbellino imprevisto, una evidencia: el acecho y acoso a la libertad. *La nueva era* acosa la libertad de Dios y del hombre. ¿Cómo puede ser libre un Dios que no es personal, sino un fluido cósmico omnipresente, hijo de la imaginación y del ensueño? El dios de *la nueva era* no es el Dios de los cristianos: ni nos ha creado a imagen y semejanza suya, ni es el Señor de la historia ni nos espera con los brazos abiertos para el encuentro definitivo después de la muerte. Hemos de estar atentos, pues los miembros de este grupo suelen usar términos cristianos con contenido muy diverso del que les da nuestra fe católica.

La nueva era atenta contra la libertad humana. Aunque se exalte la libertad, en realidad el hombre aparece como un juguete de las constelaciones, que rigen la historia y la cultura, la conciencia y la vida de los seres humanos. Cada dos mil y pico años hay un cambio de constelación y con él una transformación de la concepción del mundo y del hombre, una era totalmente nueva en sus principios y valores. No es el hombre el que construye la historia, crea la nueva civilización, cambia las estructuras y los estilos de vida. Son los astros, las constelaciones. Así durante estos últimos veinte siglos el mundo ha estado sometido a la constelación *Piscis*, agresiva, violenta. Ahora está por comenzar una nueva era, la de *Acuario*, pacífica y grávida de gozo y armonía. Esta nueva era todavía no ha nacido, pero ya está en el seno de la madre tierra gestándose. Está prevista para el año 2060, pero sus fervorosos precursores ya pregonan su venida y todos los maravillosos frutos que aportará a la humanidad. ¡Desgraciadamente los astros siguen sus rutas celestes, sin importarles mucho lo que algunos cerebros del planeta tierra elucubren sobre ellos! El hombre es un ser con ilusiones y ansias de felicidad, y éstas a veces le traicionan lanzándolo a un mundo irreal. Es tarea del cristianismo y de cada uno construir su felicidad en la libertad, y ayudar a los otros también a construirla, gestando así una

sociedad y un mundo mejores. ¿No será *la nueva era* un atractivo camuflaje del miedo a la libertad y a la responsabilidad?

La nueva era no hay que prepararla ni esperarla. La nueva era ya existe en la tierra desde hace dos mil años. La inició Jesús de Nazaret, hijo de María e Hijo de Dios. La continúan los cristianos, en cada época histórica, en la medida en que viven con coherencia su fe y ajustan a ella sus comportamientos, en el ejercicio pleno de su libertad.